

LA SEGUNDA GRAN GUERRA: ENTRE LA GEOPOLÍTICA Y EL ENFRENTAMIENTO CIVIL¹

Javier Ugarte

UPV/EHU

Mi propósito aquí es reflexionar en el territorio de la *memoria histórica* —es decir, desde la distancia analítica antes que desde una subjetividad implicada—, sobre el contexto en el que se produjo y desarrolló la Segunda Guerra Mundial. Hacerlo es, en el fondo —en mi opinión—, tratar de delimitar y ofrecer las claves de lo que ha sido el siglo xx —que ya vamos abandonando tras la crisis del petróleo en los setenta, la revolución hipermedia e informática, y la caída del muro en 1989—. Un fin de siglo que —con cierta ligereza, estimo— fue tratada por algún autor como el *fin de la historia*, cuando no era más que el fin de una época. (A la que, por cierto, recientemente Eric Hobsbawm ha llamado la *era de los extremos*; un período, pues, históricamente diferenciable, que Hobsbawm sitúa entre las fechas-hito de 1914 y 1991).

¹ Este texto fue presentado como ponencia en el Simposium *Guerra y Memoria: La II Guerra Mundial, cincuenta años después*, celebrado en Vitoria en julio de 1995. Apenas se han realizado aquí modificaciones sobre el texto original. No se trata en él de narrar los acontecimientos más sobresalientes (tarea que en el Simposio cubrió Ricardo Artola y a cuyo libro *La Segunda Guerra Mundial*, 1995, remito por sintético y claro), sino más bien de interpretar o explicar —en la medida que hoy es posible hacerlo— un hecho histórico todavía controvertido en su análisis para la historia. Se parte de dos tipos de lectura habituales hoy y que suelen presentarse como mutuamente excluyentes: la que pone el acento en el conflicto geoestratégico que se saldó en la Segunda Guerra (insistiendo, en ocasiones, en el expansionismo germano-prusiano) y la que se inclina a considerarlo como un conflicto entre ideologías (con variantes entre los teóricos del totalitarismo, etc.). Se quiere, en cualquier caso, restaurar el argumento histórico-genético.

Memoria histórica (memoria de un tiempo pasado —clausurado, se entiende—) y siglo xx, serán, pues, las guías sobre las que discurrirá el texto.

No se me oculta, claro está, la dificultad que ello entraña. No ya por la envergadura de la tarea —que, como es natural, aquí solamente se esboza, y para la que cuento con excelentes trabajos que me servirán de fundamento—. Sino por la paradoja que encierra hablar del siglo xx —siglo que no abandonaremos en el calendario hasta el 2001— como si de un tiempo pasado y concluido se tratara.

Puesto que la Segunda Guerra, y ese contexto al que hago referencia, están aún fuertemente presentes en la *memoria social* de nuestro presente, forman parte de la memoria viva de la sociedad. No son, aún, historia. No es —la de aquella Guerra— una memoria inerte, lejana, a la que llamo *memoria histórica*. Una memoria —esta última— de la que, aun siendo posible obtener una pedagogía (después de todo, como dijo Maurice Halbwachs, la memoria, cualquier memoria, no es texto, sino trabajo sobre el texto, una lectura, que se realiza en un tiempo social y según la visión del mundo actual), digo que, aun siendo posible obtener alguna pedagogía de ella, es una memoria sobre la que cabe categorizar con cierto rigor, discutir y fijar conceptos, por ser un tiempo cerrado y cristalizado en el pasado (así, por caso, la Guerra de los Siete Años de fines del xviii que también dividió a Europa, o la Guerra austro-prusiana de 1866, o la franco-prusiana de 1871, que a nadie conmueven hoy día; incluso acontecimientos más recientes, como el del Mayo del 68, pueden resultarnos hoy ajenos, de otro tiempo, y percibirlos como hechos remotos, difuminados por la bruma de la historia). En fin, hechos que han doblado el recodo de nuestro *espacio de experiencia* (en expresión de Koselleck) y que, cuando los rescatamos, lo hacemos llevados por nuestro afán de conocimiento, en acto volitivo, racional, desde la aproximación analítica.

Con la Segunda Guerra no ocurre eso. Aparte del poder evocador que toda guerra ha solido tener en la memoria de las generaciones que la hicieron (y que tan magistralmente han estudiado Paul Fussell y sus continuadores para las guerras del siglo xx), los conflictos, inquietudes y modos de categorizar los fenómenos sociales en tiempos de la Segunda Guerra informan nuestro presente, el ahora mismo. Conceptos y fenómenos considerados propios de aquel tiempo (fascismo *versus* democracia, racismo, xenofobia, *brutalización de la vida*, vitalismo, ultranacionalismo) los volvemos a utilizar para categorizar el presente. E, incluso, los empleamos para imaginar el tiempo que viene.

Es habitual encontrarse —en el marco de cierta memoria social difusa frecuentada por publicistas y creadores de opinión pública: escritores, periodistas, políticos, etc.— con referencias a situaciones propias de la Segunda Guerra para referirse —más allá de la analogía— a hechos de la actualidad. Ha solido asimilarse el fenómeno *skin-head, ultra*, etc. al de los grupos de asalto nazis (asociación propiciada por la simbología de aquellas organizaciones). Son habituales las referencias a las actividades de los serbios en la ex-Yugoslavia como las del nuevo fascismo. Se ha recordado, inevitablemente, el holocausto al ver las prácticas de *limpieza étnica* practicadas por éstos o los croatas. Se han representado las actitudes xenófobas en la Europa de fin de siglo como una reedición de las persecuciones nazis. Se ha hablado del renovado imperialismo ruso. Se tiende a comparar los riesgos de las actuales democracias con los corridos por aquéllas a principios de siglo en una coyuntura de crisis por la vía de los ultranacionalismos y de los irraciona- lismos. Se ha creído firmemente que se están reproduciendo las condiciones de los treinta en la actualidad. «*El fascismo —se ha llegado a decir— no vuelve por la simple razón de que ya está entre nosotros*»². Esto nos da la medida de hasta qué punto todo aquello pervive en nuestra conciencia.

Y no es simplemente en ese ámbito de la conciencia difusa en el que se manifiesta aquella memoria. En un estudio sistemático realizado el pasado año (1994) sobre el Movimiento Social Italiano (MSI) en Roma, el politólogo Piero Ignazi discutía sobre la posibilidad de que esa formación volviera a regenerar los modos del *squadrismo*, para pasar a discutir sobre el nivel de parlamentarización alcanzado por esa formación. De nuevo el binomio fascismo-democracia categorizando el presente. En esa misma línea, las dos grandes *controversias* que se han producido en una historiografía tan cargada de peso moral e influyente en la formación de la opinión pública como es la alemana (las *Historikerstreit*) han versado sobre la memoria de la Segunda Guerra: sobre la valoración del nazismo en 1986 y, en los 90, sobre el tratamiento a dar a la desaparecida RDA, producto de la propia guerra y la posterior guerra fría. Otro tanto ocurre en Francia. El pasado año (1994) su vida pública estuvo marcada por la aparición del libro de Pierre Péan (*Une jeunesse française*) y de los periodistas Faux, Legrand y Pérez (*La main*

² Lo decía el escritor Antonio Muñoz Molina polemizando con Stanley Payne, quien sostiene —más rigurosamente— que el *fascismo* respondió a una sociedad determinada (la de entreguerras en Europa), por lo que no parece que pueda asistirse hoy a una verdadera reedición de aquél, puesto que los parámetros en que hoy nos movemos son realmente diferentes.

droite de Dieu) en los que se recordaba (pues ya Robert Paxton había escrito sobre ello) la vieja colaboración del presidente François Mitterrand con el mariscal Pétain y el régimen de Vichy. Fue un gran escándalo en el contexto más general del debate sobre Vichy y el *colaboracionismo*. Está claro que es un pasado que nos conmueve. Que se trata de una memoria viva.

Tal vez, sin reparar suficientemente que hoy, tras la revolución en las comunicaciones o la telemática, existen otros riesgos más evidentes de degradación para las formas modernas de participación libre en la vida pública. La aparición de líderes *telegénicos*, la inadaptación de la organización partidaria a unas formas mediáticas más abiertas e inestructuradas, las nuevas posibilidades tecnológicas que nos llevan hacia una *sociedad global*, las dificultades de gobernabilidad de sociedades que tienen acceso directo a la información sin que existan cauces, también directos, para la participación, etc., resultan más inquietantes para la estabilidad del sistema que ciertas formas *ultras* de Sur americano —pongamos por caso—. Los peligros para la democracia son, sin duda, nuevos, pero los categorizamos con conceptos íntimamente vinculados a los orígenes y resultados de la Segunda Guerra. Inevitablemente —nuestro pensamiento es esencialmente histórico—, vamos *reformulando* el pasado para uso actual —tal como dijo en su día Theodor Adorno—.

El historiador francés Jacques Julliard escribía el pasado año un excelente ensayo sobre el mundo nuevo que nace, lleno de incertidumbres, el de la *civilización del paro*, aquel en que lo moral tendrá un nuevo peso, con brotes de comunitarismo étnico, en que el control de la información será decisivo, esa sociedad de la informática, de las *telépolis* (o tecnópolis) y el hombre concebido como *cosmopolita doméstico* (como diría Javier Echeverría). Pues bien, Julliard encabeza su libro, significativamente, con el título *Este fascismo que viene...* Resulta, pues, que incluso cuando categorizamos sobre el mundo que viene empleamos conceptos heredados de aquella época. Está claro que pensamos y reflexionamos inmersos en aquel mundo de referencias y conceptos.

El siglo xx ha terminado —así lo aprecia buena parte de los estudiosos—, pero informa el pensamiento de nuestro tiempo. La categorización de la vida social y política que hacemos es deudora del universo mental contemporáneo a la Segunda Guerra.

Lo tenemos, pues, demasiado cerca. Resulta demasiado presente para una reflexión que pretenda ser asentada y sólida. Pero, con estas limitaciones —sobre las que prefiero advertir, pues lo que sigue está sometido a debate, y, sin duda está igualmente impregnado de aquella forma de ver la realidad; de hecho la expresión *guerra civil*, que susti-

tuyo por *enfrentamiento civil* por emplearla aquí en otro sentido al que originalmente adoptó³, surgió en pleno debate histórico-moral en 1988 en Alemania; así como alemana es buena parte de la producción sobre el asunto, excluyendo a gente como A.J.P. Taylor—, así pues, con esas limitaciones, repito, creo que es posible —y necesaria— realizar ya cierta reflexión en el terreno de la *memoria histórica* que comience a fijar, con cierta ecuanimidad, los rasgos de un tiempo que ya se nos está yendo. Hacerlo *como si* nos hubiéramos adentrado en la *era de Mr. Chip* (como dice la vieja canción de Miguel Ríos, en expresión siempre más audaz del creativo), y como si la Segunda Guerra y el siglo XX fueran unas referencias inocuas y remotas.

Claro que eso no es así, pero juguemos con esa fantasía por un momento (aunque haya experiencias, como la del holocausto, que nos obligan a reexaminar nuestra propia sociedad una y otra vez).

* * *

³ La expresión *guerra civil* la empleó Ernst Nolte en su ya famoso y polémico libro sobre la *europäische Bürgerkrieg* publicado en 1987 (utilizo la versión italiana: *Nationalsozialismo e bolscevismo. La guerra civile europea, 1917—1945*, Florencia, 1988). El libro de Nolte contiene propuestas de mayor interés de lo que están dispuestos a reconocerle sus críticos (aunque también otras aseveraciones, como la de que «Hitler tampoco pudo estar equivocado en todo», que justifican largamente las críticas que se le dirigieron por parte de Habermas y otros en el famoso *pleito de historiadores* alemanes en 1986). Probablemente esté en lo cierto cuando emplea la expresión *guerra civil* como un concepto ideológico (derivado de un modo de concebir las relaciones sociales) históricamente activo al menos desde la Ilustración (recuérdese al posilustrado Clausewitz). Ahora bien es más dudosa la genealogía intelectual que propone a partir de Rousseau (y no de Voltaire), la Revolución francesa, Marx y Lenin (que concebiría, según esto, la guerra civil como prolongación de la lucha de clases), y del que la tomaría, como reacción —y con nexos causal— la política nazi alemana. La idea de unas *relaciones sociales perversas, antinaturales* (idea que estaría en Rousseau según Nolte), conflictivas, por tanto —hasta el enfrentamiento en ocasiones—, es una idea difusa que ha impregnado la civilización occidental de todos los tiempos. Las circunstancias históricas han determinado que la fractura se concibiera en ocasiones entre territorios—políticos y otras, en cambio, entre diferentes estratos y según una idea de revolución (ciertamente en las guerras napoleónicas, pero también en las guerras de religión de la Era Moderna). Por lo demás, no parece que pueda sostenerse que el nazismo no sea sino un reflejo especular del bolchevismo —como hace con insistencia cansina Ernst Nolte—. Aquí se emplea la expresión *enfrentamiento civil* justamente para diferenciarla de la *guerra civil* de Nolte (que incluye toda una interpretación sobre la política de exterminio, los *gulag*, etc. y una explicación propia del fenómeno comunista y nazi, además de otras consideraciones político—morales difíciles de compartir), para emplearla más restrictivamente, de acuerdo con su acepción en el lenguaje común, como conflicto interno en una sociedad dada que deriva hacia el enfrentamiento armado (como categoría histórica, por tanto, y no como concepto ideológico, tal como lo ve Nolte; aunque no es menos cierto que la idea actúa como acicate de la historia: la idea de *enfrentamiento —o guerra— civil* como impulsora de la guerra).

Como he dicho al principio, mi propósito aquí es reflexionar sobre el contexto en el que se produjo y desarrolló la Segunda Guerra. Hacerlo es, en el fondo —lo decía— tratar de delimitar y ofrecer las claves de lo que ha sido el siglo xx como *categoría histórica*. Cabrían otros enfoques como el de aquilatar ahora las causas o responsabilidades inmediatas de la guerra. Es un debate que se ha dado, pero parece ya fuera de toda discusión que la responsabilidad fue de la Alemania nazi —y no de la política de apaciguamiento, o de un cierre en falso de la Primera Guerra, como sostiene Taylor—. En cualquier caso, creo que una discusión en términos de *los orígenes de...* o *las causas de...*, es un punto de vista carente del mordiente analítico suficiente: juzga más que explica —que, a mi entender, debe ser la función de la historia—.

¿Qué ha sido el siglo xx? ¿Cómo cabe entender el contexto en el que se produjo la segunda guerra?

En el propio encabezamiento de esta exposición he tratado de resumir la hipótesis que soporta el argumento que se desarrollará: *La Segunda Gran Guerra: entre la geopolítica y el enfrentamiento civil*.

Al hablar de la Segunda Gran Guerra he tratado de subrayar —como comienza a ser ya comúnmente aceptado— que las Guerras de 1914 y la de 1939 forman parte de una única contienda que expresó y amplificó los conflictos más hondos y agudos que recorrían *el siglo de las masas*, el siglo xx, para, finalmente, alumbrar tras 1945 un mundo coherente, lo que Hobsbawm ha llamado Edad de Oro, la plenitud de ese siglo. Ambos formaron parte, pues, de un único conflicto (al que Arno Mayer, en expresión afortunada, llamó la Segunda Guerra de los Treinta Años; la otra, la Primera, se habría producido entre 1618 y 1648; también una mezcla de guerra de religión —civil, por tanto—, y conflicto por la hegemonía dinástica, resuelta con la paz de Westfalia).

Y ésta sería la segunda parte de la tesis: entre la geopolítica y el enfrentamiento civil, pues es claro que aquellas guerras se produjeron a partir de un desequilibrio en las relaciones internacionales producido a fines del XIX, y que de ellas se obtuvo un nuevo ordenamiento geopolítico entre las potencias europeas en el xx. Y también resulta evidente (aunque no suela siempre enfatizarse) que en ellas se debatieron diferentes formas de integración social, produciendo una inmensa guerra civil que abarcó a toda Europa y a cada país dentro de ella (como sostiene, en tesis polémica, Ernst Nolte; y cuyo punto de vista sólo empleo aquí modificado⁴). Vayamos por partes.

⁴ Ver nota anterior.

He hablado de geopolítica y enfrentamiento civil. Pero aquella combinación no se dio de modo homogéneo en ambas guerras (las dos llamadas Mundiales). Los intereses creados se articularon en formas nacionales e imperiales y jugaron, sobre todo, en el terreno de las cancillerías de asuntos exteriores y de la geopolítica. Fueron ellos los que estuvieron en el origen de la Primera Guerra —consiguiendo arrastrar al conjunto de la población hacia alineamientos nacionales, a pesar de los esfuerzos de algunos socialistas, como Jaurès, y socialdemócratas—. Y, aunque básicamente fueron los mismos principios geoestratégicos —no resueltos en Versalles, según la famosa teoría de A.J.P. Taylor— los que se ventilaron en la Segunda Guerra, ésta adquirió, además, las formas de guerra civil de las que careció en su origen la Primera.

Por su parte, las ideas —justas o falsas— se articularon, siguiendo líneas de fractura interiores a los Estados y las naciones, como diferentes modelos de integración social (en un momento de crisis del viejo modelo decimonónico) para dar origen a una situación de enfrentamiento civil que recorrió la Europa de entreguerras. Ese ámbito de las ideas, que jugó un importantísimo papel durante la Segunda Guerra —apenas en la Primera— fue adquiriendo su forma y popularizándose —entre una población por primera vez masivamente movilizada— durante la Guerra de 1914; hasta que en 1917 quebró en Rusia la línea de enfrentamiento geopolítico por una guerra civil abierta, ruptura que estuvo a punto de extenderse por Europa entre 1918 y 1920.

Así pues, mientras la Primera Guerra fue, por encima de todo, una confrontación entre las potencias, la Segunda, manteniendo —exacerbada— aquella confrontación, fue además un gran conflicto civil en el que se jugaba el nuevo orden imperante en Europa (resultando triunfantes las formas democráticas y socialistas —subrayo el plural— frente al orden fascista —también variado, por cierto—, derrotado desde entonces).

* * *

Las cosas no ocurrieron gratuitamente. Sin menospreciar el carácter frecuentemente contingente de la historia y el papel de las voluntades —especialmente del grupo director— a la hora de optar entre diferentes variantes de solución, lo que dio origen a todos aquellos cambios fue la *crisis de la sociedad del XIX*. Era aquél —el decimonónico— un mundo coherente en sí mismo, producto de la Revolución francesa (y sus reediciones de 1830 y 1848), las guerras napoleónicas y la paz de Viena de 1815. Sólido y con un peso y una importancia considerables, con su

propio equilibrio de poderes y su modelo de integración social. Un mundo que se basaba en formas políticas constitucionales —más o menos parlamentarias— de soberanía compartida (más en Occidente que en el Centro y el Oriente europeos), con cuerpos políticos y sociedades civiles muy exclusivas que se manifestaban en distintas formas de sufragio censitario, valores aristocráticos teñidos de burgueses, con Estados mínimos, más administrativos que políticos y que pretendían ser nacionales. Era un siglo con sociedades poco urbanizadas y economías articulándose hacia el libremercado (interno y externo) y la industrialización; y, sobre todo, un mundo con sociedades en las que una parte considerable de la población vivía en el ámbito rural, ajena a la vida pública, organizada según los modos (económicos o mentales) de la sociedad tradicional y la comunidad local, pequeña, de aldea. Pensemos en la Inglaterra victoriana, la España de la Restauración, la Italia del Risorgimento y el *transformismo*, la Alemania bismarckiana, las monarquías nórdicas, la Bélgica de los liberal-católicos, o incluso —con toda su complejidad— en la monarquía danubiana de Austria-Hungría a partir de la Patente austríaca de 1861 (especie de constitución) y su conversión en Monarquía Dual y semi-parlamentaria en 1867. Los nuevos Estados que surgían del desmembramiento del Imperio otomano (Grecia, Rumanía, Bulgaria, etc.) adoptaban esos modos de organización social y política. Incluso la gran Rusia —reducto del pasado, allí donde no existía sociedad civil— se encaminó a mediados del siglo XIX con Alejandro II —y sus *zemstvos*— hacia esa forma de integración social —que luego resultó fallida en este territorio—.

Un mundo centrado en Europa y en el equilibrio de las potencias (únicas con derecho a intervención más allá de sus fronteras y con representación diplomática): Prusia-Alemania, Austria-Hungría, Rusia, Francia e Inglaterra; y con el dominio en exclusiva de los mares por parte de esta última (lo que le llevó a controlar el transporte marítimo, el mundo del comercio y el crédito, y a construir su imperio colonial victoriano).

Ese era el mundo del XIX, un mundo internamente coherente. Un mundo que, en su plenitud, se llamó *burgués*. «*Burguesía de gran estilo* —la recordaba añorante Thomas Mann en 1926 ante sus conciudadanos del puerto hanseático de Lübeck, ante el patriciado de Lübeck, los *Bürgertum* alemanes—, *burguesía mundial, punto medio, conciencia del mundo*» decía. Época de sosiego y paz, de veraneos en balnearios selectos o en las playas venecianas del Lido, a las que nunca osaría acudir la plebe (que vivía, por lo demás, atrapada en el Londres de Dickens, o, más probablemente, en la oscura *provincia* flaubertiana). Era

aquél un mundo coherente, con una lógica propia, pero que no sobrevivió al siglo.

Aquella sociedad apacible comenzó a modificarse paulatinamente hasta desafiar su capacidad autorreproductiva y sus mecanismos de dirección y de gobierno.

Hacia los años setenta y ochenta del pasado siglo se produjo lo que se conoció como Segunda Revolución Industrial: un cambio radical en el proceso productivo basado en la renovación esencial de la organización del trabajo (integración de la producción y producción en serie, que conllevaba la creación de grandes factorías, trusts empresariales y grandes concentraciones industriales), en la utilización más eficaz de nuevas fuentes de energía (carbón y petróleo), la revolución de los transportes (con el ferrocarril, el barco de vapor y, progresivamente, el automóvil), el consumo masivo de los productos de la industria pesada (la producción de hierro mundial se multiplicó por tres entre 1880 y 1910 y por por cinco la de acero), y, sobre todo, una renovación tecnológica sin precedentes, con la aparición de nuevos subsectores productivos: especialmente el sector químico (fármacos, colorantes sintéticos, fibras artificiales, derivados del petróleo, etc.), el eléctrico (motores eléctricos, tranvías, dínamos y material eléctrico, etc.) y el sector de la automoción a partir del motor de explosión.

Todos estos cambios en la economía trajeron aparejados, de un lado, un fortísimo proceso de crecimiento demográfico (por la caída de las tasas de mortandad relacionadas con mejoras sanitarias de todo orden), y, de otro, un acentuado proceso urbanizador que no se conocía desde la Antigüedad romana (se paso de un 10% de población urbana en la Europa de 1800, a un 29 en 1890, y a un 35 en 1920).

El cambio no estuvo sólo en la cantidad, fueron más bien cambios cualitativos los que se produjeron en ese puente entre siglos: se rompieron las comunidades locales de aldea —con sus culturas cerradas— y se extendió la sociedad abierta: aparecieron sectores obreros y de clases medias asociados a la vida urbana y a las grandes concentraciones industriales; se inició —con la producción en serie y el abaratamiento de costes— la era del consumo masivo y la aparición de zonas comerciales en las ciudades y de los grandes almacenes; la información se democratizó y aparecieron, inicialmente, los periódicos tabloide, y la radio más tarde; el tiempo de ocio se modificó radicalmente surgiendo los actuales deportes (fútbol, boxeo y ciclismo) con sus masivos colectivos de aficionados y sus estrellas (frente a los entretenimientos tradicionales de los bolos, las cartas, etc.): apareció el cine, el *music-hall* y las variedades, el gran circo y un largo etcétera. La vida pública se so-

cializó, o, si se prefiere, se produjo el fenómeno conocido desde George Mosse como *nacionalización de las masas*. Se dejó de hablar del pueblo o de la *plebe* para comenzar a hablar del proletariado (como dijo Asa Briggs en su *El lenguaje de clase*), se pasó de la preocupación por la *cuestión social* a la presencia de la socialdemocracia; se constituyeron sindicatos y agrupaciones profesionales, aparecieron algunos partidos que integraban a toda aquella gente que se incorporaba a la vida pública (especialmente las formaciones socialdemócratas, pero también partidos como en *Zentrum* alemán, partido católico). En fin, la vida pública en todos los órdenes (economía, cultura, ocio, política) se pobló de gente que iba incorporándose masivamente a ella, mientras la ciudad era el principal escenario de aquella transformación.

Todo aquello tuvo su expresión en fenómenos como las tempranas campañas de Gladstone en Inglaterra en base a mítines masivos ofertando asociar un mandato electoral a una política específica (cosa que ahora nos resulta familiar, aunque seamos excépticos ante ello, pero que resultó algo verdaderamente novedoso en el tiempo); en un fenómeno como el *boullanguismo* en Francia —un peculiar populismo—, que preparó el terreno a la ingente movilización de la sociedad francesa a raíz del caso Dreyfus; a los intentos de *regeneración* de los sistemas de patronazgo político en Italia, España o Rumanía. Etc.

Sin embargo, las estructuras políticas elitistas, cerradas y mínimas, creadas para gobernar con una minoría en el siglo XIX, eran incapaces de dar cabida a todos los recién llegados a la cosa pública: ni los viejos partidos lo preveían (apenas unos clubs de amigos selectos), ni los sistemas electorales lo permitían. Fue el tiempo, en todo caso, de la implantación del sufragio universal masculino (entre 1871 en Francia a 1912 en Italia; en ocasiones muy costosamente, como en Bélgica, en que fueron necesarias varias y violentas huelgas generales convocadas por los socialistas). Pero el sistema requería un cambio en profundidad que hiciera practicable una real participación y un sistema que diera respuesta a los retos del momento (cambios que se iniciaron seriamente hacia 1906 y a los que luego me referiré).

* * *

Aquella transformación en las estructuras económicas produjo un cambio, también, en los equilibrios entre las potencias. Los nuevos subsectores de la industria se desarrollaron especialmente en dos países que hasta la fecha apenas si habían contado en la política internacional: esos países eran EE.UU. y Alemania (con su unidad recién estrenada).

Por su parte, Inglaterra, cómodamente instalada en su papel de metrópoli imperial, con Londres como gran centro financiero y de seguros mundial (sede de los *Big Five*, los cinco primeros bancos privados) y el control del transporte marítimo, no se preocupó especialmente de incorporarse a los nuevos procedimientos en la industria, y mantuvo su vieja estructura de empresa familiar y unidades de taller. Alemania, por contra, baso su crecimiento en la concentración de su aparato productivo y en la creación de un sistema financiero que facilitara las transacciones de sus productos industriales a los países vecinos (especialmente Inglaterra). Francia continuó con la política napoleónica (de Napoleón III) de exportación de capitales a toda Europa jugando el papel de *país rentista*; mientras que EE.UU., con su inmenso mercado interior, calcó los sistemas inglés y alemán de crecimiento. El comercio internacional creció esos años del cambio de siglo de modo espectacular.

Inicialmente, aunque los equilibrios geopolíticos iban rompiéndose a causa de la economía y otras decisiones de orden estratégico (por ejemplo: mientras la producción industrial de Inglaterra pasaba de ser el 23% del total mundial en 1890 al 13% en 1913, el de Alemania pasaba del 8% al 15% y el estadounidense del 15% al 32%; es decir, Inglaterra reducía a la mitad su peso industrial mientras los otros lo doblaban en un contexto expansionista y en sólo 20 años), a pesar de ello, digo, las tensiones no crecieron, pues Europa hasta 1900 tenía un sistema de potencias más complementario que competitivo, y, en general, los dirigentes políticos no cuestionaron el *statu quo*.

Sin embargo, tras la muerte del kaiser Guillermo I y la desaparición de Bismarck de la política activa, el nuevo kaiser Guillermo II y sus cancilleres (especialmente von Bülow) aspiraron a convertir a la que ya era potencia continental alemana en una potencia mundial. Fue la llamada *Weltpolitik*, política mundial de Alemania tendente a romper el *statu quo* imperante —favorable hasta el momento a Inglaterra—.

En este punto se han producido numerosas controversias desde que el historiador alemán Fritz Fischer escribiera en 1961 la heterodoxa —para el mundo académico alemán de la época— *Griff nach der Weltmacht* (algo así como *Determinación hacia la potencia mundial*, que se tradujo al inglés como *Las aspiraciones de Alemania en la Primera Guerra Mundial*), libro en el que se sostenía la tesis de que existía una continuidad esencial en la política exterior alemana desde Bismarck a Hitler (origen de la inestabilidad internacional). Tesis que, con variantes y asociada a la idea del *Sonderweg* (vía propia hacia la modernización) hizo suya la escuela de Bielefeld. Así Hans-Ulrich Wehler diría

(y cito): fue la política prusiano-bismarckiana la que, «bajo la presión de exigencias de motivación social, económica y política, inició la huida hacia adelante, dando a los alemanes un Imperio como prosecución militar de la revolución desde arriba, después de tres guerras «se refiere a las del XIX», y bajo la forma de una Gran Prusia pequeño-alemana» (tesis que este mismo año de 1995 ha defendido Paul Preston al decir con crudeza que la dinámica modernizadora alemana llevó a su burguesía a plantearse la definitiva resolución del problema —y cito— «de las demandas socialistas de redistribución de la riqueza nacional «por la vía de neutralizarlas» esquilmando las riquezas de otras naciones», disposición que conduciría, en primera instancia, a la teoría del espacio vital de Hitler; claro que sin la barbarie racista que éste introdujo). Esta tesis estructuralista y culpabilizante para Alemania ha quedado arrinconada tras las críticas de Blackbourn y Eley a la teoría del *Sonderweg* alemán y la aparición de la corriente renovadora de los *historiadores de lo cotidiano*. Es desechada, además, por el poderoso *Zunft* (gremio) de historiadores alemanes (como es el caso de Dieter Langewiesche). Hoy no se admite esa continuidad histórica ni la carga culpabilizante que ella conlleva. En ese marco de debate histórico-moral, cabría preguntarse si acaso los ingleses tenían una mayor legitimidad para *administrar-conquistar* la India que los alemanes para aspirar a la riqueza petrolera de Rumanía o asentarse financieramente en Turquía. Ciertamente, según el actual punto de vista, ambas legitimidades serían igualmente dudosas.

Pero volvamos. Decía que la política guillermina (apoyada por el complejo financiero-industrial de la zona de Westfalia y Berlín) tendía a la ruptura del *statu quo* internacional. Fue así como el canciller Bülow y el almirante Tirpitz inauguraron una nueva época en la política exterior alemana: en 1898 lograron aprobar en el *Reichstag* la ley naval, que incluía un amplio programa de construcción de navíos tanto de guerra como comerciales, y buscaba apoyar la *Weltpolitik* en competencia con la flota británica en puntos vitales para ésta (las entradas al Mediterráneo, Canal de la Mancha, Ciudad del Cabo, o incluso en la entrada al Pacífico en la zona de Nueva Guinea). Por lo demás, la colaboración directa con el gobierno turco estaba reportando una notable ventaja a Alemania en ese territorio del Oriente Próximo tan disputado por las potencias (Inglaterra y Francia habían iniciado su asentamiento desde la zona del Golfo) a causa del constatable desmoronamiento del Imperio otomano y la riqueza económica y estratégica de la zona (simbolizado por la construcción del famoso ferrocarril Constantinopla-Bagdad-Basora, realizado con tecnología y capital alemanes o la adquisición del 25%

del *Turkish Petroleum* por el *Deutsche Bank*). Por su parte, todo el mundo miraba a los Balcanes. A ello se unió una política de gestos agresiva por parte de Alemania como fueron la visita realizada a Tánger por Guillermo II y las dos llamadas crisis de Marruecos (1905 y 1911), con las que Alemania quería subarayar sus nuevas apetencias en el norte de África y que tan nerviosas puso a Francia e Inglaterra (hasta reactivar la *Entente Cordiale*). Las dos guerras de los Balcanes (1911 y 1913) ya preludiaban un posible conflicto más abierto, que definitivamente se desató tras el incidente de Sarajevo, el ultimatum austriaco a Serbia, el apoyo paneslavo de Rusia al pequeño reino balcán y la apuesta definitiva de Alemania por una guerra en el continente (que los ingleses no podían consentir).

Fueron razones de geopolítica las que desataron la Primera Gran Guerra (la resistencia a ceder de las viejas potencias y el empuje de las nuevas). Y fueron esos mismos conflictos los que se ventilaban básicamente (en el nivel geoestratégico, claro; otra cosa es la barbarie del holocausto hitleriano) en la Segunda, al dejar Versalles, como señaló Taylor, irresoluto aquel conflicto entre potencias en declive y potencias emergentes (o en otros términos, potencias pudientes (*habes*), satisfechas, y potencias desposeídas (*habe-nots*) insatisfechas, como subraya Andreas Hillgruber). Aquellas tensiones latentes desde 1919 se agudizaron con conflictos locales como fueron los de Abisinia (1935-1936) y España (1936-1939) en el Mediterráneo, la conquista de Manchuria (1931) y la guerra chino-japonesa (1937) en el Extremo Oriente y todos los conflictos en Centro Europa (Renania, Austria y Sudetes). Por lo demás, aquellas tensiones que se habían mantenido en el terreno de la diplomacia del *revisionismo* de un lado, y el *apaciguamiento* de otro, se trocaron en planes expansivos de Alemania desde la llegada de Hitler al poder en 1932-1933 (y no a causa de la crisis económica como sostiene Hillgruber). Por su parte, Inglaterra —la gran potencia amenazada— resolvió que la situación era irreversible a partir del *zarpazo de Praga* de 1939. Su propia supervivencia se ponía en cuestión (al margen de la voluntad conciliadora de Hitler respecto de los británicos). Además, deben considerarse las disposiciones defensivas de Francia y los juegos diplomático-militares de los soviéticos (sus apetencias en Polonia y Finlandia).

Este fue el marco geopolítico que se saldó en 1945, como se sabe, con el *finis Germaniae*, la sustitución de Gran Bretaña (agotada por la guerra) por EE.UU. como nueva potencia mundial y la aparición de la URSS como gran potencia en Oriente. Era el nuevo orden mundial del siglo xx.

Pero he dicho antes que, a pesar de la inclinación de quienes historiarían aquella guerra a presentarla en términos geoestratégicos (tal vez porque la guerra adoptó más visiblemente esa forma externa de unos Estados contra otros, y tal vez porque la memoria mítica que de ellas quedó adquirió formas nacionales casi monolíticas: Francia se identificó con la resistencia; Yugoslavia, con los partisanos; Rusia, con el gran Ejército Rojo; Inglaterra y EE.UU. serían los paladines de la democracia, etc.), pues bien, la Segunda Guerra fue también —tal vez lo fue sobre todo, y desde luego mucho más que la Primera— un conflicto civil generalizado que abarcó el continente entero.

He dicho que la aparición de la sociedad de masas a fines del XIX produjo una grave *crisis sistémica* (por emplear expresiones útiles de Jürgen Habermas) que comenzó a cerrar el todo coherente que había sido el XIX, que cerraba el siglo XIX para alumbrar otra cosa. Aquel desaffo evolutivo fue asumido por las sociedades de principios del siglo XX —en ocasiones desde dentro del sistema y otras desde fuera, y no sin fortísimas resistencias de los poderes tradicionales—. Fue de ese modo como se inició un progresivo cambio en los modos de integración social, haciendo que formas de racionalización de la situación ya forjadas como imágenes del mundo, se incorporaran a instituciones de nuevo cuño. Inicialmente la nueva imagen prevalente que aparecía en el horizonte de expectativa —en la ilustrada imagen del *progreso*— era la democrática, como prolongación de las formas liberal-parlamentarias del XIX (a veces propugnada por los socialistas con ardor en lugares tan dispares como Bélgica o Rusia, o también en España con la huelga de 1917), y sus modos de institucionalización fueron las reformas democráticas y sociales, y la creación paulatina de Estados de *democracia social moderna*.

El primer paso, como he dicho ya, fue el sufragio universal masculino, para seguir con la legalización de sindicatos y partidos de masas, las reformas electorales, la legislación reguladora de la vida parlamentaria, la formación de gobiernos con responsabilidad parlamentaria, e inmediatamente la legislación social: regulación de las condiciones de trabajo, previsión por accidente, enfermedad o jubilación, pensiones para la vejez, legislación sobre el trabajo de las mujeres y los niños, creación de Institutos de Previsión y de Reformas Sociales, extensión de las redes sanitarias y de enseñanza (sustituyendo progresivamente a la Iglesia), multiplicación de los servicios municipales, etc. Todo este proceso —con grandes resistencias y, en ocasiones, con fracasos notables— se inició tendencialmente hacia 1900.

En Bélgica —el país más industrializado del continente—, sucesivas huelgas generales promovidas por los socialistas (1886, 1890 y 1892), con fuerte resistencia de las viejas fuerzas nacionales católico-conservadoras, lograron en 1893 la reforma del sistema electoral (multiplicando el cuerpo electoral por diez). A pesar de lo cual, en 1901 se volvió a dar una nueva huelga por el sufragio universal y sólo en 1906 se iniciaron los cambios hacia las formas democráticas modernas. Algo similar ocurrió en Holanda.

En Francia, tras la inmensa ola movilizadora que supuso el caso Dreyfus, el gabinete de radicales y socialistas de Waldeck-Rousseau en 1902 y de Georges Clemenceau de 1906 iniciaron un nuevo curso democratizador en la política de la III República, asestando un duro golpe a las antiguas fuerzas conservadoras (aunque las reformas sociales se retrasaron, provocando las huelgas de 1907-1909, y fueran congeladas por el viraje nacionalista dado a la política francesa por el presidente Poincaré desde 1913).

En Inglaterra, a pesar de las sucesivas reformas electorales que venían produciéndose a lo largo de todo el siglo XIX tras la presión del *cartismo*, sólo en 1911 con Lloyd George (a partir de la aceptación del *Parliamentary Bill*, tras un conflicto jurídico-constitucional —tan inglés— que quebró las posibilidades obstruccionistas de los pares a la labor de gobierno en la Cámara de los Lores) se comenzaron a dar pasos firmes hacia un sistema de democracia social moderna.

No ocurrió tal en Alemania. A pesar de ser pioneros en la atención a la llamada *cuestión social* desde el poder político, el Estado no se reformó. En 1906 el canciller von Bülow asociaba su cargo por primera vez a una coalición de partidos (Bismarck siempre había despreciado a los partidos y gobernó con el apoyo del Kaiser, como lo prescribía la constitución imperial). Parecía que Alemania, con Bülow, entraría por la vía del parlamentarismo moderno. Sin embargo, diversos escándalos, grupos de interés y presiones internas hicieron fracasar aquel intento en beneficio de los poderes tradicionales de la burocracia, los oficiales y la Corte del Kaiser; y con pérdida de poder, incluso, por parte de la institución del canciller (Bülow, el hombre de la *Weltpolitik*, dimitió en 1909). Así vino a mostrarlo en 1913 el *incidente de Zabern* (Alsacia), en el que el *Reichswehr* impuso su ley (absolutamente al margen de los tribunales e imponiéndosela al canciller) ante la población civil alsaciana que acusaba a un oficial de maltrato cruel a los reclutas de la región.

También en España se produjo un intento de reforma con el partido liberal de Canalejas. Pero la reacción de los círculos del Rey, la oficialidad y la burguesía catalana frente a la huelga general de 1917 frustró

aquel intento, inaugurando una etapa de desconcierto en el gobierno del país (aunque, como sugirió Raymond Carr, la vía reformista se mantuvo abierta hasta 1923).

En Italia el hábil Giolitti había logrado introducir, con gran esfuerzo, el sufragio universal en 1912. Pero sus oscuras maniobras y la política exterior expansiva en Libia y la guerra con Turquía le enemistó con los socialistas y radicalizó a éstos. Hasta que en 1913 asumió el cargo de primer ministro el conservador Salandra, quien combatió a la izquierda, y se esforzó por todos los medios en impedir cualquier transformación del Estado en la línea propugnada por Giolitti.

Tampoco las reformas se produjeron en Austria-Hungría, Rumanía, Grecia o Bulgaria que mantuvieron sus sistemas parlamentarios oligárquicos. En la gran Rusia, los zares Alejandro III y Nicolás II se esforzaron en desandar el camino reformista recorrido por Alejandro II. Ello provocó el momento revolucionario de 1905 que, a pesar de un cierto éxito inicial, fue progresivamente desactivado. En esos países la reforma del Estado no se produjo, pero sí en los Países Escandinavos, donde Noruega independiente reformaba su legislación entre 1912 y 1913, Dinamarca se daba una constitución democrática entre 1913 y 1915 y Suecia, a pesar de las fuertes resistencias, iniciaba un vasto programa de cambios dirigido por los liberales y los socialdemócratas tras las elecciones de 1917.

* * *

De modo que el siglo XIX se desmoronaba sin remedio. Pero, en no pocos lugares, paulatinamente, iba siendo sustituido por nuevas formas institucionales, las de *la democracia social moderna*, lo que se producía con relativa eficacia. No en todos los casos. También se habían desarrollado formas de autoritarismo parlamentario (Alemania, Austria-Hungría, Rumanía, etc.), que en el siglo XX resultaban anacrónicas. No hablemos del caso de Rusia (a pesar de los discretos esfuerzos de un Stolypin, por ejemplo). Y, en cualquier caso, el peso en toda Europa de los poderes tradicionales era aún inmenso cuando, como he sostenido más arriba, las tensiones geopolíticas condujeron al mundo hacia la Primera Guerra.

Aquella Guerra supuso una profunda quiebra para la sociedad europea. El pesimismo se adueñó de ella y las tímidas reformas acometidas a principios de siglo, parecieron no ya escasas, sino abocadas al fracaso ante la magnitud de los retos planteados. Aquella guerra que en Versalles (1919) se cerró en aras de la democracia y el principio nacional au-

todeterminativo, sufrió una posguerra con una altísima inestabilidad. La exaltación del nacionalismo y el belicismo, y una cultura del pesimismo fueron secuelas de aquella guerra (además de las económicas). En Rusia se había desatado la guerra civil ya en 1917 y no finalizaría hasta 1921, dejando un poso de agravios inmenso (no ya en la Rusia blanca, sino entre las minorías caucásicas o las musulmanas del Turkestán; la República Democrática Soviética de Jiva y Bujará, en la actual Turkmenistán, no se incorporarían a la URSS hasta 1925; y en 1928, los *planes quinquenales* llevarían la guerra al campo). Entre 1918 y 1919 se instauraron breves Repúblicas socialistas y de los soviets en Munich, Bremen, Eslovaquia y en la Hungría de Bela Kun. Hubo insurrecciones en el Ruhr, en Kiel, en Leipzig, en Lübeck (la querida ciudad de Mann); y aún, en 1923, se produjeron insurrecciones fracasadas en Hamburgo y en Sofía (Bulgaria). Polonia y la Rusia soviética se agredieron en 1920, y Esmirna (Turquía) fue ocupada por los griegos entre 1919 y 1922. Los italianos provocaron incidentes por sus reivindicaciones en Fiume y Corfú en 1919 y 1923; y ese mismo año los polacos tomaban Vilna, ciudad lituana. Por su parte, excombatientes animados por cierto *espíritu de trincheras* (los *Freikorps* alemanes, los *Heimwehrem* austríacos o los *arditi* italianos) intervenían en la vida política y social de sus países al modo camaraderil que lo hacían en el frente: utilizando las pandillas violentas contra socialistas o huelguistas.

Sólo tras la firma del Tratado de Locarno en 1925 (con garantías sobre las fronteras franco-belga-alemana) los acuerdos sobre el acero de 1926, el acercamiento franco-alemán promovido por los ministros Briand y Stresemann en 1929 y la aceptación por Alemania del Plan Young (1929) para el pago de las reparaciones pareció extenderse un clima de paz.

Sin embargo, he dicho ya que si las formas decimonónicas (que aún pervivían tras la Guerra en lugares como Hungría, Grecia o España) resultaban ya totalmente superadas, las ligeras reformas democráticas y sociales iniciadas en la preguerra resultaban insuficientes para la estabilización de las nuevas estructuras de integración social, y, por contra, se percibían como absolutamente excesivas por parte de los viejos poderes tradicionales (iglesias, ejércitos, élites cortesanías, etc.) que veían cómo perdían poder en la sociedad. Entre éstos últimos tuvieron una gran audiencia toda una serie de pensadores, literatos, políticos, psicólogos o sociólogos que, desde finales del siglo XIX, venían despreciando a las mayorías y el gobierno democrático por vulgar, *antinatural* o peligroso para el orden social. El liberalismo se hizo defensivo y se

transformó en *conservadurismo* —casi en un *neotradicionalismo*—. Gentes como Chistopher Dawson o T.S. Elliot veían en el liberalismo democrático un cuerpo débil a expensas de la revolución, pues atomizaba a la población rompiendo los vínculos sociales tradicionales, los roles comunitarios y la autoridad social, transformándole en *hombre de tipo-masa*. Una corriente de reacción asustadiza recorrió Europa.

Las formas de la democracia social, en cualquier caso, fueron consolidándose por la vía del reforzamiento de la vía reformista y, sobre todo, asumiendo el Estado el papel de *Estado movilizador* e intervencionista que ya les había tocado jugar durante la Guerra pasada para la puesta a pleno rendimiento del aparato productivo (reforma fiscal, cierta planificación económica, incorporación al entramado político de una sociedad más corporativizada, crecimiento del Estado y sus servicios, etc.; lo que andando el tiempo sería el llamado *Estado benefactor*). Eran los regímenes que se iban consolidando en lugares como Inglaterra, Francia o Bélgica; pero también, aunque con dificultades, en Alemania con la República de Weimar o en España a partir de 1931.

* * *

Pero lo que marcó aquel tiempo (además de ese pesimismo cultural, el belicismo político y los nacionalismos: piénsese que si Alemania se sentía humillada, otro tanto ocurría con Hungría a la que se le había retirado en Versalles de Transilvania, la Voivodina y Nové Zámky; con Italia por sus reivindicaciones en Dalmacia; con Bulgaria por las tierras cedidas a Yugoslavia y Grecia, y sus aspiraciones sobre la llamada Gran Bulgaria con Rumelia y Macedonia, etc.), digo que lo que marcó aquel tiempo fue la aparición del referente *comunista* triunfante en Rusia, y el referente *fascista* triunfante en Italia con Mussolini desde 1922.

No era aquélla una situación cualquiera. El modelo de integración social del XIX se hallaba en plena crisis en el momento en que aparecían tres posibles vías de integración social alternativas, con formas institucionales efectivas y realidades concretas en distintos países de Europa. Las tres aspiraban —por distintas vías— a dar solución a los problemas del momento, a integrar al conjunto de la población (con exclusiones, como veremos, los fascismos y el comunismo), a promover un *Estado movilizador* y a impulsar la modernización técnica y económica.

De hecho una fortísima corriente anti-ilustrada e irracionalista, la llamada *revolución intelectual de finales de siglo* (perfectamente descrita por Zeev Sternhell en su introducción al libro colectivo de 1989

sobre la *ideología fascista*, y estudiada en sus trabajos anteriores) atravesaba Europa desde finales del siglo XIX, y había preparado el camino a las nuevas propuestas. De un lado, el poderoso pensamiento marxista y socialista (heredero de la Ilustración) fue transformado hacia formas de radicalismo irracionalista y voluntarista por gente como Rosa Luxemburgo, Otto Bauer, Martov, Trotsky y Lenin (a la que se adhirió la *intelligentsia* rusa). Por otro lado, las formas del irracionalismo vitalista y ultranacionalista, que contaban con largas tradiciones nacionales, adquirieron tonos revolucionaristas en busca del *hombre nuevo nacional*. Con fuerte carga utopista, mitológica (como lo estudió Cassirer) y planteamientos éticos y de justicia, fueron ampliamente difundidos entre los soldados de la Primera Gran Guerra —e inmediatamente comenzaron a fermentar las sociedades—.

Siendo la gran mayoría de la población incorporada a la vida pública con la formación de la sociedad de masas población asalariada, no es de extrañar el inmenso éxito de una doctrina que propugnaba la *revolución proletaria*. Los sindicatos y partidos socialistas fueron, en la época, las más importantes organizaciones de masas (y la principal preocupación de los gobiernos). Su oferta utópica en los sectores radicales —simplifico, como vengo ya simplificando en razón al espacio y al carácter del escrito— auguraba la eliminación de la injusticia por la vía de la nacionalización de todo el sistema productivo, la formación de un Estado controlado por la comunidad del partido proletario y la participación directa de la población a través de los consejos de obreros. Naturalmente, se excluía a los *corruptos burgueses* como seres antisociales, y se establecía, como ética oficial, la *noble moral obrera*, solidaria y altruista (luego Stalin llevó todo esto hasta el paroxismo —con los *Fundamentos de leninismo* y su promoción como *padrecito* al modo zarista—, y a la tragedia con los *gulag*).

Tampoco es de extrañar que los ultranacionalismos utopistas tuvieran éxito en un contexto inquietante (como lo percibiera en su día Erich Fromm; piénsese en la crisis económica de 1932-1933, que todo lo agudizaba aún más). Estos ofrecían el amparo de la comunidad nacional y la utopía de la realización de un mito patrio (raza en Alemania, religión en España, Rumanía, Polonia o Austria, imperio en Italia, irredentismo en Hungría, según fuera la tradición o el agravio local). En la utopía realizada, la comunidad en lucha, la nación confundida con el Estado y su líder (de modo que todo enemigo del Estado sería anti-nacional y exterior a la sociedad), lograría, al fin, recrear el *hombre nuevo* según la vieja tradición patriótica, rompiendo con el funesto siglo XIX y recuperando el pasado —habitualmente, medieval—. Por su ca-

rácter nacional, la variedad entre éstos era inmensa (puede consultarse el reciente libro y el anterior de Stanley Payne⁵). En todo caso, siendo propuestas falsas o correctas, en ellas creía una gran cantidad de gente en aquel momento.

Por su parte el *conservadurismo* —temeroso del socialismo y la democracia, y sin proyectos alternativos, más bien alimentado por la nostalgia—, tendía a entenderse con el fascismo, proyecto que consideraban adaptado a las nuevas condiciones de la sociedad de masas y —a pesar de su revolucionarismo— manejable (luego, en algún caso, como en Alemania, se encontraron con que no lo era tanto, pero sí en Italia y, desde luego, en España por ejemplo). Quede claro que fascismo y conservadurismo no era lo mismo —por más de que no pocos estudiosos de la ciencia política tiendan a confundirlos—, ni por estracción social, ni por las propuestas, que eran nostálgicas en los primeros y utopistas en los segundo (ver el compendio de Martin Blinkhorn de 1988). De aquel entendimiento surgieron los regímenes fascistas que llegaron a materializarse. De hecho, en aquellos lugares en que se llegó a implantar un *régimen fascista* (Italia, Alemania, España, Austria,...), se hizo en base a esta coalición (con equilibrios muy variados). Por contra, donde no se dio la coalición entre *movimiento* y *establishment* o conservadurismo —normalmente por la no existencia de una izquierda fuerte, caso de la Hungría de Horty o la Rumanía del rey Carol— no se desarrollaron regímenes fascistas hasta que las coaliciones fueron impuestas por Hitler una vez iniciada la Segunda Guerra. Incluso se enfrentaron seriamente entre ambas formaciones, siendo los fascistas (que resultaban, allí, muy populares —en sus dos acepciones, de origen social bajo y gran predicamento—), fuertemente reprimidos por los gobiernos conservadores. Era un aspecto del enfrentamiento civil multidireccional que se daba aquellos días.

Por lo demás, seguía habiendo colectivos en todos los países que mantenían la apuesta por la solución *democrático social* reforzada por

⁵ Este punto, por cierto, resulta controvertido: los hay que prefieren llamar fascismo sólo al italiano, otros identifican un *fascismo general*; la realidad es que el propio Mussolini intentó una especie de internacional *imposible* —pues todos hacían gala de su peculiaridad, así el rumano Codreanu o los españoles José Antonio o Fal Conde— con la creación del *Comitati d'Azione per l'Universalità di Roma*, CAUR, creado para coordinar a todos los movimientos fascistas europeos. Desde nuestro mirador de actualidad, sí parece poder distinguirse —a pesar de su inmensa variedad, aunque no mayor que la de las democracias— un principio organizativo común a todas ellas —que se ha descrito brevemente arriba—. Fueron regímenes que nacieron y murieron entre los veinte y los cuarenta de este siglo. La bibliografía al respecto es inmensa.

un Estado movilizador (es el caso de Manuel Azaña e Izquierda Republicana en España, de sectores socialistas de España —los prietistas— y Alemania, de los republicanos en Francia, etc.).

* * *

Aquella situación de crisis general del sistema y la existencia —en términos genéricos— de tres soluciones nuevas y alternativas —las variables eran mucho más numerosas—, produjo una honda fractura en el interior de todas y cada una de las sociedades nacionales. Es lo que llamo *enfrentamiento civil multidireccional*, pues las soluciones tendían a ser excluyentes (especialmente la comunista y la fascista: la democracia fue permisiva con los grupos alternativos, pero no podía admitir su realización práctica pues ello suponía su propia desaparición).

En España, por caso, se intentó la vía republicana (democrática), se ensayó una revolución socialista en 1934 y triunfó una solución fascista tras la guerra civil. En Francia, tras el triunfo del Frente Popular en 1936, se produjo un fuerte movimiento huelguístico confiados en la toma del control de las fábricas por parte de los sindicatos, mientras los fascistas de la *Croix de Feu* organizaban manifestaciones masivas en París que ponían en grave peligro al gobierno. En Italia un socialismo radicalizado protagonizó la ocupación de fábricas de 1920, mientras crecía el más ideologizado de los fascismos que utilizaría sus escuadras contra los huelguistas y para el asalto al régimen durante la *marcha sobre Roma*. En Rumanía, tras algunos intentos de llegar a un acuerdo, la camarilla del rey Carol se enfrentaba en una guerra abierta con los fascistas de la *Legión del Arcángel San Miguel* (hasta asesinar a su líder Codreanu). El caso alemán es bien conocido. Podía así continuarse por cada país europeo.

En fin, la *brutalización de la vida* (tal como nos refiere George Mosse) que se produjo en el período de entreguerras, había conducido a una situación larvada de *guerra civil* europea. Los periódicos, aquí en España, hablaban en los treinta de que —y cito— «*En todas las naciones europeas existen sectores de opinión que tienen afinidad espiritual más íntima con los fascistas italianos o los nacional-socialistas de Hitler que con los conciudadanos suyos que defienden el soviétismo de Moscú*». O Roma o Moscú, ese era el dilema para el autor (Eladio Esparza, un autoritario radicalizado). Un dilema planteado en términos ideológicos, claro, y no geopolíticos.

Así pues Erns Nolte lleva razón al introducir ese concepto para tratar de explicar la Segunda Guerra. No en cambio, al tratar de explicar

la *guerra civil* como un concepto creado por el bolchevismo para la acción política, concepto del que los nazis no serían sino aprendices aventajados (*gulag* y campos de exterminio como réplica, etc.)⁶.

Por lo demás, la aparición de los fascismos (tras la renuncia a la revolución mundial por parte de los bolcheviques a raíz del debate sobre *el socialismo en un solo país*, con lo que la amenaza comunista se atemperó) introdujeron un plus de peligrosidad en el agitado polvorín europeo. Sus actitudes ultranacionalistas y su concepción de la nación como una comunidad en *estado de emergencia* permanente (tal como lo formuló Carl Schmitt), en guerra permanente con sus enemigos —con frecuencia interiores—, y su creencia en la mítica de la violencia, les llevaron a plantear las tradicionales tendencias expansivas de sus respectivos nacionalismos (el mundo de los intereses y la geopolítica) en unos términos particularmente agresivos. Así Mussolini, a pesar de continuar (incluso en el personal diplomático) la política mediterránea (en conflicto con Francia) de los anteriores gobiernos italianos, asumió, por razones del *irredentismo*, las reivindicaciones sobre la costa Dálmatia, el Ticiano, Córcega, Malta y Niza; buscó la expansión económica —a través de tratados preferenciales e influencia ideológica— hacia los Balcanes, el Caúcaso y el Oriente próximo, y, estratégicamente, intentó un cierto control militar de todo el Mediterráneo, de Suez a Gibraltar, además de propugnar el colonialismo en el norte de África (Túnez y Etiopía, por la que hizo una guerra). Otro tanto podríamos decir de otros países que debo omitir por razones de espacio.

Fue esa misma disposición del nazismo alemán, ultra-agresivo, con su política del *espacio vital*, su eslavo-fovia y su antisemitismo, del que resulta especialmente inquietante su planificación de la *solución final* (cuyo programa resume certeramente Klaus Hildebrand), el que transformó el *revisionismo* de los políticos de Weimar en un *expansionismo* agresivo que hizo estallar la Segunda Guerra.

Lo demás es conocido: reivindicación sobre Danzig, ataque a Polonia, y declaración de guerra de Inglaterra y Francia, al ver sus intereses vitales en cuestión, intervención de EE.UU. y agresión a la URSS.

* * *

Hitler pretendía construir una Europa bajo la égida alemana. Pero quiso también edificarla según el *nuevo orden* por él anunciado. De ahí

⁶ Ver notas previas.

que considerara al régimen de Mussolini como su aliado natural (al margen de consideraciones geopolíticas) y le ofreciera el acuerdo a través de su emisario —cito— «*para imponer el fascismo al mundo*». De ahí, también, que pudiera contar con tantos aliados en todos los países del continente (luego llamados *colaboracionistas*). Pierre Laval, impulsor del régimen del mariscal Pétain en Vichy, declaraba en junio de 1942 a *Le Matin*: «*De esta guerra surgirá inevitablemente una nueva Europa ... Para mí, francés, yo quisiera que, mañana, nosotros pudiéramos amar una Europa en la que Francia tendrá un lugar que será digno de ella. Para construir esta Europa, Alemania está en trance de librar unos combates gigantescos ... Yo deseo la victoria alemana, porque sin ella, el bolchevismo se instalará mañana en todas partes*». ¿Patriota francés? Sin duda, sí. ¿Demócrata?, de ningún modo. Los contemporáneos lo vivieron de ese modo: como una inmensa guerra civil.

Así se explica la formación del gobierno, patriota y pronazi, del general Antonescu con la Guardia de Hierro (que había llegado a alcanzar votaciones del 38% de los rumanos antes de la Guerra) en Rumanía en 1941; así la firma del pacto *Antikomintern* por Hungría en 1939 y la formación del gobierno de Horty en 1944 encabezado por parte del *hungarista*, iluminado y pronazi presidente de las Flechas Cruzadas Ferec Szálasi; así la constitución del régimen satélite de Vichy, rodeado de una aureola patriótica y religiosa por el cardenal Gerlier, arzobispo de Lyon; así se explica la incorporación del partido de masas Liga Nacional Flamenca y del Rexistismo de Leon Degrell a la plena colaboración con los invasores nazis de su país, Bélgica; así la creación de Estado «independiente» de Croacia encabezado por el fundador del *Ustasha* (Organización Revolucionaria Croata Insurgente) Anté Pavelic, o que 600.000 rusos (sobre todo ucranianos) combatieran junto a los nazis y contra sus compatriotas (a quienes se masacraba masivamente) del Ejército Rojo. Así se explica que los países se dividieran, y que formaciones políticas fuertemente asentadas en el territorio nacional colaborasen con el invasor nazi alemán.

Incluso en Polonia —donde la fuerte reacción nacionalista tras la invasión y el trato especialmente violento hacia la población hizo imposible la formación de un régimen satélite— existía la pro-nazi y antisemita *Falanga* (y otras formaciones) en pugna con el gobierno de los coroneles, el socialismo y las minorías nacionales.

Y así se explica que en 1943, la Junta Española de Liberación confiara derrocar al *régimen falangista*, decían, por el expediente de extender la Guerra Mundial a España. Actuaban así a la inversa, pero con la misma lógica: trasladar el conflicto entre potencias al interior de España para prolongarlo como guerra civil.

Así se explica, también claro —y ya en el terreno de la actual historiografía—, que Claudio Pavone eligiera como título de su libro publicado en 1991 sobre la Italia de la época el de *Una guerra civile*, con gran escándalo de sus compatriotas y colegas que habían dado en llamar a la suya *guerra de liberación*.

También para Italia y Alemania (donde existía un fortísimo y neutralizado partido socialdemócrata, SPD, y otro comunista, KPD, a pesar de lo que se ha dicho de la general seducción que produjo Hitler entre los germanos) aquella fue una guerra civil. Y para Francia en la que existe hoy una enconada polémica sobre el tratamiento a dar a Vichy, cuando, desde 1945, la Segunda Guerra en Francia se había explicado como gesto heroico y patriótico de los partisanos y De Gaulle representando a toda Francia.

Así pues, las fracturas entre naciones eran antes fracturas entre nacionales (sin por ello desprestigiar el componente geopolítico al he dedicado atención más arriba).

* * *

Entre la geopolítica y el enfrentamiento civil —sin que quepa esta disección sino a efectos analíticos—, creo que, en efecto, esas fueron las coordenadas en las que se movió la Segunda Gran Guerra (si la corta perspectiva nos deja ver con suficiente nitidez). De modo que ambos componentes (interés e ideología) explican la honda fractura que dividió a Europa en el siglo XX, sin que cada uno por separado (la explicación geoestratégica de Andreas Hillgruber o la interpretación en términos de guerra civil de Ernst Nolte) llegue a dar la plena dimensión del conflicto.

También su desenlace contiene elementos que remiten a esos dos niveles de conflicto. Occidente fue lugar de hegemonía americana y Oriente de hegemonía soviética. Pero fueron, tanto como eso, la prolongación de dos de los modelos de integración social que se popularizaron en los veinte y treinta: el de la democracia social —democracia + Estado de bienestar— y el comunismo soviético (hasta que en 1989 ambos se extinguieron, ambos; pues, como dice Jacques Julliard, el uno vivía con el otro y el otro no puede sobrevivir al uno). Nunca antes una relación entre una potencia y su área de influencia se había establecido en términos ideológicos como se produjo tras la Segunda Guerra. La propia Guerra Fría tuvo un fortísimo componente ideológico como antes ninguna otra confrontación la había tenido (habría que remontarse al enfrentamiento entre el mundo cristiano y el musulmán de la Edad Moderna para ver algo similar).

El *siglo xx* (o la *baja Edad Contemporánea*) del progreso técnico y del derroche, de la sociedad de masas y del consumismo, aquel que naciera más bien hacia 1880 con la revolución industrial e intelectual de finales de *siglo xix* (como sostuvo recientemente Klaus Tenfelde y no tanto en 1914), es decir, aquel que surgió de la crisis del todo homogéneo —en términos de integración social y en términos geopolíticos— que era el *siglo xix*, el *siglo xx* de las ideologías confrontadas, del desarrollo y el subdesarrollo, el *siglo* de los gobiernos movilizados, del Estado de bienestar y de los regímenes comunistas; ese *siglo* recién cancelado fue alumbrado en su *edad de oro*, como diría Eric Hobsbawm, por la Segunda Guerra Mundial. Ahora lo vamos abandonando para dirigirnos al *siglo xxi* de la revolución hipermedia, la sociedad global y los conflictos universalizados.

Vitoria, 17 de julio 1995